

CIENCIAS.
ARTES.
HISTORIA.
LITERATURA.
CRÍTICA.
VARIEDADES.

Literatura Hispano-Americana

SUPLEMENTO ILUSTRADO

Regalo a los abonados de la Revista ESPAÑA Y AMÉRICA

CÁDIZ, ENERO 1914

AÑO II NÚM. 7

Colaboradores Españoles y Americanos

Aguilar Tejera (A.)
Arciniegas (Ismael E.)
Arévalo (Antonio).
Belmonte Muller (G.)
Colombine.
Cordero (Juan L.)
Díaz de Escovar (N.)
Estrada (Norberto).
Fernández Lasso (M.)
Fernández del Villar (J.)
García Morales (P.)
Gómez Carrillo (E.)
Gómez Jaime (A.)
González Anaya (S.)
González Blanco (A.)
González Olmedilla (J.)
Hoyo (Antonio de)
Huertos (Luis G.)
Iñiguez (Benigno).
Jara Carrillo (P.)
Jiménez (Juan R.)
Lasso de la Vega (R.)
León (Ricardo).

Monterrey (Manuel).
Ortega Morejón (José).
Orti Belmonte (V.)
Pelayo (Miguel).
Pérez Fernández (L.)
Pérez Sarmiento (J.)
Prada (Gloria de la).
Pichardo (Manuel).
Quintero Atauri (P.)
Recio Díaz (José).
Restrepo Gómez (F.)
Riaño de la Iglesia (P.)
Rodao (José).
Rodríguez Embil (L.)
Rueda (Salvador).
Sánchez Rodríguez (José).
Sandoval (Manuel de).
S. Román (Miguel de).
Santacruz (Pascual).
Ugarte (Manuel).
Vázquez de Aldana (E.)
Vázquez de Sola (A.)
Zamacois (E.).

La vida literaria

EDUARDO ZAMACOIS

Cuando yo comencé a garrapatear mis primeras cuartillas, ya Eduardo Zamacois gozaba de justa fama de novelista y ya sus cuentos se buscaban con interés en las más populares revistas y periódicos. Desde entonces, soy un lector entusiasta de este escritor infatigable, de este luchador eterno, que siempre tiene para el más pequeño detalle una crónica llena de amenidad y delicadeza.

Hace unos seis años le conocí en Madrid. Recuerdo que le visité un día en la calle de San Andrés. Cambiamos las primeras frases de costumbre, y a los pocos momentos ya éramos «amigos de siempre». Entonces me habló de sus proyectos—Eduardo Zamacois es el hombre de los grandes proyectos literarios—la fundación de *El Cuento Semanal*. Me explicó su programa. Hasta aquella fecha, nadie había intentado nada análogo. Era, por tanto, una idea original, que, seguramente, agradaría y alcanzaría éxito. Además era, por otra parte, una gran obra: popularizar a los mejores cuentistas españoles y dar a conocer a los noveles que merecieran tal honor!...

Efectivamente, la idea no podía ser más altruista y maravillosa, pero confieso que me pareció arriesgada, demasiado atrevida. A mi juicio, el público acostumbrado a las frivolidades de los semanarios y revistas españolas, a los monos, a la nota gráfica y a los artículos breves, no entraría quizás por ese nuevo género de publicación. Yo pensaba esto, y al preguntarme Zamacois: ¿Qué le parece a usted mi proyecto?, yo no quise

mentir, e ingenuamente le confesé mi modesta opinión.

—No me extraña,—me contestó.—Lo mismo que usted creen otros a quienes expuse la idea. Todos la creen un fracaso, incluso a Perojo, el propietario de *Nuevo Mundo*, a quien también hablé del asunto. Ninguno le cree de éxito, pero yo, sin embargo, confío...

¡Admirable espíritu el de Zamacois! Por eso triunfa; porque tiene fe y confianza en sí mismo. He ahí el todo en esta vida de luchas.

Y se fundó *El Cuento Semanal*, y triunfó.

NUESTROS COLABORADORES



EDUARDO ZAMACOIS, ilustre novelista

fó, y entonces todos convinimos en eso: en que Zamacois triunfa siempre por su tenacidad, por su fe, por su talento.

Y después de *El Cuento Semanal*, aparecieron *Los Contemporáneos*, y el público fué acostumbrándose a esta clase de semanarios que han sido luego imitados por muchos, pero que nunca han logrado el éxito que alcanzaron los fundados por Zamacois.

Zamacois ha cultivado casi todos los géneros, y siempre con fortuna. Ha escrito novelas y cuentos admirables, que han recorrido el mundo, traducidos a varios idiomas; ha escrito crónicas, en las cuales se ha revelado siempre como un «estilista»; ha escrito crítica literaria: véase su obra *Impresiones de Arte*; y por último, ha hecho obras dramáticas, como *Frio* y *Nochebuena*, en las que demuestra excepcionales

condiciones, que envidiarán seguramente muchos autores consagrados. En ellas revela, sobre todo, ser un gran observador de la vida. Esta es su principal modelo.

Versos es lo único que Zamacois no ha escrito, que yo sepa. Seguro estoy que los hubiera hecho excelentes. ¿No son, acaso, poesías sin ritmo muchas de sus crónicas admirables? Léanse, sinó, las tituladas «Alfredo de Musset» y «Elisa», («Río Abajo», páginas 81 y 252) y «Las hijas de Mimi», («Del Camino», página 37), por no citar otras muchas.

El principal mérito de Zamacois estriba, a mi modo de ver, en su arte sincero. Escribe—al revés de casi todos los contemporáneos—sin recordar a nadie; escribe sus propias sensaciones, sus intimidades, su propia vida; lo que han visto sus ojos observadores y curiosos...

Zamacois es el autor favorito de las mujeres. Y es que por sus libros pasan «ellas» con sus frivolidades, con sus coqueterías, con toda la sensibilidad de sus almitas inocentes o perversas. Y es porque Zamacois es un gran psicólogo, o lo que es lo mismo, «un lector de almas».

Hace poco—en el pasado noviembre—fuí a visitarle. No quería regresar de Madrid sin verle. «Carranza, 8, vive», me dijo un amigo, a quien pregunté por él. Y allí fuí, en una mañana hermosa en que el sol acariciaba las caritas de las madrileñas con sus besos de oro.

Estaba Zamacois, como siempre, ante su mesa de trabajo, escribiendo. Escribiendo, como siempre. Ya os he dicho que es un trabajador infatigable. Y, como hace seis años, hablamos de Arte y de mil cosas más.

—¿Volverá usted a América?—le interrogué.

—Sí, pronto; pienso hacer otra excursión por las Repúblicas del Sur; durará un año. A mí me gustan mucho aquellos países.

—Sé que en Chile, en su viaje anterior, fué usted muy agasajado.

—Mucho; allá lo pasé admirablemente. Hasta quería el Gobierno que yo escribiera un libro sobre Chile, costado por aquel Estado. Pero yo no pude aceptar, porque esa hubiera sido labor de un año o más y yo quería regresar a España.

—Así es la vida; entonces quería usted regresar; ahora desea usted nuevamente irse; es la inquietud de nuestro espíritu, que ansía siempre cosas nuevas, nuevas sensaciones... Verdad que de ahí salen luego sus li-

bros. He leído, y me ha gustado mucho, el que publicó usted recientemente: «Dos años en América». En él hay capítulos bellísimos como «Los Andes», «Rincones de olvido», «Camino de Matanzas» y otros muchos, que son un prodigio de descripción y galanura. Indudablemente publica usted mucho.

—Sí; mire usted, aquí tengo un ejemplar de mi nueva obra «Teatro», que acaba de aparecer, y ya tengo aquí las pruebas de otra que está en prensa. Vea, ya van impresas unas 200 páginas. Este ejemplar de «Teatro», que acabo de abrir, voy a dedicárselo a usted...

—Es un gran honor que usted me hace. Muchas gracias...

—En él hallará usted cuatro obras dramáticas representadas: «Nochebuena», «El pasado vuelve», «Frío» y «Los Reyes pasan».

—De su comedia «Frío» conozco un fragmento, que leí cuando se estrenó. Este es un libro que saborearé mañana, en el tren, camino de Sevilla...

Y me despedí de Eduardo Zamacois, el genial y popularísimo escritor, cuya labor literaria honra la literatura española contemporánea y cuya modestia y sencillez contrasta con la vanidad injustificada de tanta nulidad como circula por esos mundos del Arte...

EDEO.

18-12-913.

SOLARIEGAS

II

Todo ha cambiado ya; pero qué modo de quedarse tan huérfana y tan sola esta vida! Parece que una ola maldita hubiera exterminado todo.

(Esta vida, mi vida, la que un día se pobló de ilusiones y de engaños y sueños y esperanzas que a porfía hizo polvo la rueda de los años).

Mi corazón, el mismo peregrino que ayer iba cantando en la jornada, es hoy como una choza abandonada en la tristeza de cualquier camino.

Ya nadie me consuela ni me nombra, y en la torre feudal de mi aislamiento me aterra a veces el rumor del viento, me causa miedo hasta mi misma sombra.

Acaso en esta soledad injusta se cierne alguna inspiración macabra, porque cuando pronuncio una palabra también el eco de mi voz me asusta.

Y aunque en el pecho su raíz ahonde la encina del Dolor, a nadie llamo, es inútil llamar, nadie responde a la solicitud de mi reclamo.

El alma que pudiera responderme y acallar la tortura en que me hundo, está lejos... Y es ella en este mundo la única que sabe comprenderme.

La que cuando el cansancio me sofoca y el alma como un Cristo desfallece, —Samaritana celestial— me ofrece el cáliz milagroso de su boca.

La que cuando el Destino me descarga, como un león, zarpazos y zarpazos, con cariñosa protección me alarga la blancura impecable de sus brazos.

Su amor es un divino y transparente manojito de blancas azucenas

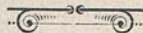
que floreció caritativamente en el árido surco de mis penas.

Nada igual en el mundo a la escondida fuente de aromas que su amor encierra: su amor es lo más noble de la tierra, su amor es lo más dulce de la vida.

Y aunque este labio que su amor ensalma hoy la cicuta de la ausencia libre, el alma mía de rodillas vive en permanente comunión con su alma.

Y mientras ella en fervoroso acuerdo ora por el distante peregrino, yo voy iluminando mi camino con la lámpara azul de su recuerdo.

F. RESTREPO GÓMEZ.



Las dos mesas

Pronto hará quince días que el cronista vive aquí, en medio de esta robusta naturaleza meridional y junto a una vía estrecha por donde, cada quince minutos pasan, con trepidar jubiloso, trenes silbadores cargados de viajeros. La casa es grande y clara: en las habitaciones mal amuebladas las pisadas del visitante retumban bajo los techos altos y sonoros; el sol penetra libérrimamente por los largos ventanales sin cortinas y bruñe las fregadas baldosas del pavimento y prende en la extensión de las tersas paredes franjas policromas. Un grave silencio rodea el hotelito. En la huerta, a impulsos de la brisa, chirrea la polea de un pozo y varios plátanos mueven, con vaivén apacible, sus anchas hojas de esmeralda; bajo las higueras copudas y los olivos simbólicos, las gallinas de ojos redondos caminan tras el gallo belicoso y sultán.

Rafaela, la sirvienta, me dice:

—El comedor está abajo; su mesa de escribir la hallará usted arriba, en la galería...

¡La mesa de comer! ¡La mesa de escribir!... Hace muchos años que estos dos objetos preocupan mi atención, tanto, que todos mis trabajos de «instalación» se reduce a que ninguno de ellos me falte. Cuando llego a una Casa de Viajeros mi primer cuidado es preguntar:

—«¿A qué hora se come aquí?»

Y luego recomiendo al criado:

—«No deje usted de poner en mi habitación una mesa donde pueda escribir cómodamente.»

No me preocupa la antigüedad de la alfombra, ni la rareza y largo uso de los muebles; perdono que la cama sea dura y pequeño el espejo del armario, y hasta que la palangana del lavabo esté rota. Lo importante es que la habitación sea clara y en ella haya una mesa donde trabajar...

Y yo he pensado lector, que entre esas dos mesas, entre la mesa de comer y aquella donde escribo, hay una relación constante, una conexión indestruible, semejante a la que preside todas las funciones del cuerpo y del espíritu.

En el comedor «asimilamos»: las legumbres, las carnes ingeridas en el estómago se transforman y descomponen, y según la maravillosa virtualidad química de cada glán-

dula conviértense en sangre, en bilis, en sustancia gris o en pensamiento.

De esta nutrición, más que de ninguna otra fuente metafísica, provienen la energía muscular, la variedad y amplitud de las ideas, la inspiración, la «alegría de vivir»; porque el vigor nervioso orienta todas las propensiones de nuestro mundo moral y es en los oídos emoción sonora, y sensación golosa en el paladar, y en las pupilas luz y color.

Pero ya el cronista ha concluido de comer, ya corre por su cuerpo el bienestar analéptico de las digestiones felices, ya ha encendido un cigarro puro y en un ancho vaso que acaban de servirle humea el café, el aromoso café acicate de los nervios y la zarzillo de la fantasía; calor de vida saludable invade sus manos, los ojos brillan, la sangre arterial riega generosamente el encéfalo donde las inspiraciones y los recuerdos laten, como semillas en el surco, aguardando el momento de estallar en germinación dorada y gloriosa...

Entonces es cuando el artista penetra en su despacho, requiere la pluma y se sienta a escribir. Estas son las horas divinas en que nuestras funciones vegetativas se paralizan o sociegan, porque toda la vida, atraída por la religiosa misión de «crear», se concentra en el cerebro. Y allí nacen las estrofas inmortales, las tragedias imperecederas que el genio orgulloso de Esquilo dedicó a los siglos, el lienzo donde la belleza de una mujer cristaliza y se hace eterna.

Lo que en la mesa amable de yantar ingerimos en forma de alimentos sabrosos y humeantes, después, sobre la mesa de trabajo, lo vertemos en forma de ideas, de dramas, de crónicas; dramas y cuentos que luego de vendidos, se convierten en dinero y más tarde en vituallas que, a su vez y siguiendo la irrevocable circulación de las cosas, producirán nuevas cosechas de pensamiento y de raras y atrevidas fábulas.

De este modo existe una lucha incesante, una especie de cruel duelo a muerte, entre el comedor y el despacho, ya que lo que «asimilamos» en aquél lo devolvemos en éste, y lo que aquí producimos sirve para que en el otro no falten viandas. El estómago sostiene al cerebro, el cerebro manteniendo al estómago, el bistec que se convierte en idea, la idea que resbalando al través de una moneda de plata, se resuelve en carne... ¡Oh perdurable vulgaridad de todo lo humano!

En la paz virgiliana de estos campos verdes y ante la melancolía de los horizontes, de los árboles añosos y de esas acequias, donde las aguas marchan sosegadas y limpiadas, cual queriendo imbuirnos la convicción de que debemos vivir sin afanes, he encontrado como en Madrid, como en París, como en todas partes, dos de esas mesas terribles sobre las cuales simultáneamente, se renace y se muere. Comer para escribir, y en seguida escribir para poder seguir comiendo.

¡Ley durísima! Más de una vez, contem-

plando la mesa en que como y aquella otra donde trabajo, he pensado con zozobra:

«En este impecable tejer y destejer de la vida, ¿cuál de vosotras me acompañará más tiempo?»

EDUARDO ZAMACOIS.

TRIPTICO

BEATRIZ

Del cielo azul tu imagen cegadora
vaga en los luminares
como musa inmortal consoladora
en eternos y lúgubres pesares.

Infundes la divina y resistente
esperanza segura
cuando del vate al corazón doliente
negro buitre clavó su garra dura.

Pues eres, en revuelta y contristada
vida del gibelino,
visión que alumbra, tan gentil y alada
los trágicos horrores del camino.

Y al ondular de tu precioso manto
de estrellas y cendales,
el himno brota, como surge el llanto
en las claras pupilas virginales.

OFELIA

Transido de pesar sigue tus huellas
el príncipe sombrío;
y son tus dichas, líricas centellas
rojas sobre los campos del estío.

Recibes en los góticos palacios
tributaciones fieles
bebiendo en copa de oro y de topacios
el amor perfumado con claveles.

Callan después las arpas y violines
de la feliz mañana,
que un pájaro siniestro en tus jardines
revuela dando su canción liviana.

El encendido pétalo deshoja
en tu ansiosa locura
y la estridente carcajada arroja
cruzando por la lóbrega espesura.

MARGARITA

Vierte en la nave el órgano del coro
la sacra sinfonía,
y de la ojiva azul un rayo de oro
baña tu frente donde nace el día.

Y fué el dolor en tí, tras el celaje
de idilios triunfadores
un reptil que se enrosca en el ramaje
henchido siempre de aromadas flores.

Troncha el martirio con artero encono
tu palma de heroína;
mas luego subes al dorado trono
en donde la virtud se hace divina.

Llora sin tregua, sí; que es el lamento
un bálsamo que calma
si lleva ese raudal del sentimiento
que se fecunda en el verjel del alma.

ENRIQUE VÁZQUEZ DE ALDANA

Las pequeñas manías

Se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que las tres cuartas partes de la humanidad tienen un tic nervioso correspondiente. Estas enfermedades, cuyo origen estudió el ilustre Beard, al que ayudaron en su obra Lebón y Soury, son casi imposibles de corregir. Entre las más comunes se puede mencionar la «mistakostrepsomanía», afección que consiste en retorcerse a todas horas una de las guías del bigote. Esta nerviosidad suele observarse en la inmensa mayoría de jóvenes, y no desaparece sino con el transcurso de los años.

Otro caso frecuente es el de la madomanía, o costumbre de arrancarse los pelos de la barba y la cabeza. La nophomanía es igualmente muy general; llámase así el hábito poco cortés de sonarse las narices con estruendo de trombón, hecho observado casi siempre en los individuos que padecen de faringitis o de vegetaciones adenoides. La sorabdomanía suele ser el terror de los transeúntes en la calle; no es otra cosa que el reprochable vicio de andar a toda prisa y haciendo al mismo tiempo molinetes con el bastón, lo cual puede ser causa de incidentes y polémicas.

Muy semejante es lo que ocurre a los afectados de sfingomanía, quienes van por las calles y paseos con el bastón o paraguas frecuentemente enristrados repartiendo lanzadas a su paso. Los octodactilómanos son aquellas personas que se introducen el meñique en el oído, agitiándolo luego con gran fuerza. Los niños son todos stomadactylómanos, es decir, aficionados a meterse los dedos en la boca.

Muchas otras costumbres de este género podríamos citar, como la kratopodomanía, cuyo efecto es cruzar las piernas una sobre otra e introducir los dedos de la mano en las botas o a lo largo del pantalón; la sino-flomanía, que consiste en dar muestras de indefinible asombro al oír cualquier novedad insignificante; la aritonomanía, o hábito de contar toda serie de objetos que se encuentran, y por último, la onomatomanía o muletilla, que obliga a repetir constantemente una misma palabra o frase corta durante la conversación.

Por nuestra parte, y esto no significa que nos tengamos por neurólogos, creemos que no habrá inconveniente en añadir otra manía a la compleja lista de las enumeradas: la maniomanía, que al fin y al cabo no deja de ser una excentricidad del sabio que ha estudiado cuanto acabamos de exponer.

X

HERMIONE

Todo es voz, todo es luz y es armonía.
Todo tiene una voz con que expresarse,
una luz que ilumine la honda sombra
de su aislamiento!... Cada vida tiene
en su centro, una eterna melodía:
Hermione profunda

que a todo sér y a toda cosa inunda.

—Corazón, ¿quién te nombra?
¿Quién enciende tu antorcha—oh, claro día?
Aurora, ¿quién mantiene
tu luz?—En su aislamiento
cada estrella más pura
es un sol que ilumina la llanura
del magno y prodigioso firmamento.

Es una frase luminosa y bella,
y es una melodía cada estrella,
y cada corazón es una rosa
que aroma el pecho con divino encanto;
y el alma es mariposa
de luz lejana y de inefable canto.

Una luz cada sér lleva encendida
que va dejando a donde va, su huella,
y cada corazón es una estrella
en los cielos sonoros de la vida.

R. LASSO DE LA VEGA

Venezuela retrospectiva

La primera fábrica de hacer papel y barajas
en Caracas en 1811

En los folios 29 y 30 del protocolo llevado en Caracas por el escribano público don José Antonio del Abad, corre inserto un documento que copiado con su ortografía de entonces dice así:

«En la ciudad de Caracas á catorce de noviembre de mil ochocientos onse ante mí el escribano y testigos parecieron los Señores Ministros Generales de las cajas del estado de esta capital. Don Lorenzo de Zata y Subiría contador, y Don José de Alustiza Tesorero, con Don Carlos Burzham y Don Francisco Rovert, fabricantes de papel y Barajas benidos del Norte América á quienes doy fé que conozco y dijeron los dos últimos que a consecuencia de la contrata celebrada con el Supremo Poder Ejecutivo a quienes representan en este acto los dos primeros por virtud de las ordenes comunicadas en cinco y nueve de septiembre último Toman por su cuenta las Maquinas venidas de Filadelfia por la del Gobierno para Fabricar Papel y Barajas que confiezán haber recibido por lo que hayan costado en los referidos estados unidos de América, pagando además el gasto que hayan ocasionado en su transporte á la Guayra y desde allí a esta Ciudad quedando obligado a satisfacer en la tesorería nacional de ella la suma total de su importe y costos expresados por terceras partes, la primera al cumplirse al año contado desde esta fecha en que han quedado establecidas ó de nuestra cuenta dichas Maquinas, la segunda a los dos años siguientes, y el fin del tercero la tercera y última parte, obligándose también á no reclamar ni recibir desde esta fecha inclusive el sueldo ó salario que sobre la referida tesorería tenían contratado desde Filadelfia y han devengado desde su llegada a la Guayra, pero pagándosele solo los que tienen vencidos. Y para el cumplimiento de esta escritura de contrata obligan así mismo, sus bienes habidos y por haber, y sus Personas de mancomun einsolidum hipotecando especialmente las mismas Maquinas que no podran sacar de esta provincia enagenar ni pasar a otras manos hasta haber concluido su total pago, pena de nulidad semejante contrato ú otro de cualesquiera naturaleza á que no preseda, la satisfacción de su importe ó la anuencia ó conformidad de los Señores Ministros de las cajas del estado ó de sus sucesores renunciando para todo las leyes que les favorezca. Y los citados Señores Ministro á nombre del Supremo Poder Ejecutivo venden y dan en dominio y propiedad dichas Maquinas á los anunciados Don Calos Burzhan y don Francisco Rovert

para si sus sucesores bajo las condiciones explicadas y las que del valor de ellas que se obligan a pagar es y sera aquel que resulte de las cuentas ó conocimientos de este negocio al cargo del Señor Diputado del Supremo Congreso Don Francisco Javier de Uztaris á quien se pide de oficio para cuando se halle en su poder pues bervalmente ha manifestado no tener esta noticia por falta de las cuentas del comisionado del Supremo Gobierno en los estados unidos de América. Y todos los comparecientes así lo digeron otorgaron y firmaron Siendo testigos Don Vicente Mary, Don Esteban Quintero, y Don Fernando Acosta vecinos.—José de Alustiza, Lorenzo de Zata y Subiría, F. Rovert, C. Bruzham, ante mi José Antonio del Abad, Escribano de Provincia.»

NOTAS: 1ª El Congreso de 1811 en sus sesiones de 11 y 12 de julio, se había ya ocupado del ramo de Barajas; por lo que es de creerse se hicieran y también papel hasta la entrada de Monteverde en 1812

2ª Después de 1830, Don Antonio Damián, impresor y librero, estableció en Caracas una fabrica de barajas en colores con planchas hechas aquí mismo en madera, las cuales se llevaban en cajones para la Guaira y allí se realizaban para el interior, como mercancía española; y para 1836 el señor Julio Castés estableció otra fábrica de barajas.

MANUEL LANDAETA ROSALES.



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La Redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta Revista.

TEATRO, por Eduardo Zamacois.

Reunidas en un elegante tomo, que ostenta original cubierta de Romero Calvet, acaba de editar la casa Maucci, de Barcelona, cuatro preciosas comedias del popular escritor Eduardo Zamacois.

Juzgadas por el público y por los críticos muy lisonjeramente, estas notabilísimas obras, necesitaban los asíduos lectores de Zamacois tenerlas a su alcance para saborear por medio de la reposada lectura las bellezas que atesoran estas aplaudidas producciones, que llevan por título *Nochebuena*, *El pasado vuelve*, *Frio* y *Los Reyes pasan*.

Eduardo Zamacois, al dar forma escénica a sus concepciones literarias, pone la misma emoción, la misma intensidad sentimental que en sus novelas y en sus bellos cuentos; el mismo soplo vital y humano mueve siempre su pluma, siendo éste su sello más distintivo.

Prologa el libro su mismo autor, para explicar con singular donosura las impresiones de su primer estreno.

Un tomo de más de 250 páginas, una peseta en todas las librerías de España y América.

ESPAÑA EN MARRUECOS, por el teniente coronel de Estado Mayor, D. Gonzalo Calvo.

Con los cuadernos del 29 al 46 recibidos en esta redacción, se pone término al tomo de esta obra, que comprende las operaciones efectuadas por nuestro Ejército en Melilla hasta el año actual, relatándose con gran número de detalles los últimos avances de las armas españolas en la zona del Kert, dando al público algunos datos que hasta ahora nos eran desconocidos, y que aclaran mucho el concepto formado respecto a aquella campaña.

Las ilustraciones superan, si es posible, en arte e interés, a las de los demás cuadernos, pues en su mayoría están tomadas las fotografías por jefes y oficiales *amateurs* que iban con las columnas de operaciones, llegando a sitios y en ocasiones en que estaba vedado llegar a los profesionales, siendo completamente inéditas y fieles reproducciones de interesantes lugares o episodios.

La labor realizada por el ilustrado jefe del Cuerpo de Estado Mayor, a más de revelar una laboriosidad e inteligencia notables, es digna del mayor elogio por el espíritu patriótico en que está inspirada, empleando un estilo ameno, que sin perjuicio de la exactitud más minuciosa, puede servir su libro de estudio a los técnicos, pone los hechos al alcance del público en general, aun del menos versado en la técnica militar; y con atinadas observaciones y comentarios, sobre la base de prolija documentación, hace llegar al ánimo el convencimiento de la elevada misión que la Historia nos ha encomendado en Marruecos y la obligación y necesidad de continuar con serenidad de espíritu y abnegación, la obra empezada.

Al mismo tiempo que se reparten los últimos cuadernos, se pone a la venta en las librerías la obra entera, formando un lujoso tomo de 736 páginas, con elegante cubierta en colores y un mapa plegable.

VIDA INDIANA, por Martín Matos Arvelo.

Este curioso libro que acaba de publicar la casa editorial Maucci, de Barcelona, constituye un acabado estudio referente a los usos, costumbres, religión, industria, gobiernos, ceremonias y supersticiones de los indios que pueblan el territorio Amazonas, de Venezuela.

Ha sido escrita esta obra, según atestigua el autor, en medio de las selvas y en miserables aldehuelas, lejos de la civilización y siempre entre las vicisitudes de una vida aventurera, en la que, generalmente, no se anochece dos veces en el mismo sitio. Quince años de trato con los indígenas del territorio Amazonas y de viajes continuos a las distintas tribus pobladoras de esa inmensa región, capacitan al autor para hablar del indio con entero conocimiento, y con especialidad de las tribus barés, banibas, curripacos o carúzanos, yabiteros, uarequenas, mapoyos, panares y yaruros.

Termina esta interesante exposición etnográfica, pulcramente escrita, con una característica leyenda indiana, e ilustran la obra varias láminas perfectamente dibujadas que completan la concienzuda y amena labor literaria del eximio Matos Arvelo.

Se halla de venta esta obra en las principales librerías de España y América, al precio de dos pesetas.

VARIEDADES

A punta de pluma

Cuando Víctor Hugo se casó, sus condiciones financieras no eran floridas, ni mucho menos, y con el destierro de Bruselas la situación empeoró.

Entonces el gran poeta se lanzó al teatro para salir de apuros; pero en aquellos días los derechos de autor rendían poco.

Fueron «Los Miserables» los que le llevaron riquezas a manos llenas, y cuando Hugo murió había reunido un patrimonio de cinco millones de francos.

Alejandro Dumas (hijo), después de una vida desesperada con su padre, se puso a escribir novelas; cinco le bastaron para pagar las deudas, y otras seis le dieron la celebridad.

Las cien primeras representaciones de «La Dama de las Camelias» le produjeron 20000 francos; otras luego y otros dramas, mucho más; sólo por el permiso para traducir «Francillon», cobró 60.000 francos.

Eugenio Sué dejó un capital de un millón.

Alfonso Karr fué durante muchos años un favorito de la fortuna, pero murió pobre por el despilfarro loco que hizo para la colección de flores de su finca en Niza.

Flaubert, el autor de «Madame Bovary» y de «Salambó», vivía cómodamente; pero un revés de fortuna lo llevó a la pobreza.

Emilio Zola supo ganar mucho dinero y conservarlo también, verdad que los ingresos sumaban una media de 200.000 francos al año.

* *

Pingües derechos de sucesión

La tesorería inglesa ha recibido recientemente un ingreso extraordinario con el que no contaba, siendo éste de \$ 2.000.000 como derechos de sucesión por el valor de las acciones que en una compañía de tabaco inglesa poseía el multimillonario americano Anthony N. Brady, que acaba de fallecer. La contribución inglesa sobre sucesiones es de 15 por 100 sobre las fortunas que pasen de un millón de libras, por lo que es de creerse que la fortuna que dejó Mr. Brady «en Inglaterra» no bajara de \$ 13.333.333,33, sin contar con la parte más importante, que tenía invertida en negocios y valores americanos.

* *

Algunas curiosidades

Existe en China la curiosa costumbre de quemar una pequeña hoja de oro en determinados aniversarios, y se calcula que anualmente se quema en esta forma oro por valor de 20 millones de pesos, fundándose este cálculo en la enorme población de ese país y en lo arraigada que se encuentra la referida costumbre.

Imp. M. Alvarez: Feduchy, 12 Cádiz.